

TERESITA MARTÍNEZ-VERGNE. *Nation and Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

Nation and Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916 es un análisis del rol del intelectual en el nacionalismo dominicano, específicamente, la labor de ciertos círculos intelectuales en la creación de la modernidad dominicana. Los años 1880-1916 marcan tres instancias que se complementan en la narración del discurso nacional: la ciudadanía, los espacios urbanos y el rol del intelectual. Martínez-Vergne analiza el desempeño del intelectual dominicano, del estado y de la población residente en Santo Domingo y San Pedro de Macorís, en la formación y narración de un espacio entendido como nación a principios del siglo 20. El modo en que se concibe una identidad nacional a la par del vehículo articulador del nacionalismo, también son partes de este proyecto. La autora además se enfoca en el rol de la prensa escrita y los intelectuales en la invención de la nación, tal y como ha señalado Benedict Anderson.

Este libro analiza la posición del intelectual dominicano a finales del siglo XIX como una que estaba limitada bajo el gobierno. De este modo, sin tener el control de la palabra escrita, estos intelectuales se veían en la necesidad de ejercer cargos gubernamentales para sostener sus hogares, y para poder presentar sus ideas sobre la nación aunque fuera a través del estado. Aun así, la clase intelectual dominicana percibía su labor como necesaria para la construcción de nuevas estructuras sociales y económicas, y por ende políticas, de lo que poco a poco concebían como la nación dominicana. Como explica Martínez-Vergne, a través de sus escritos estos intelectuales concertaron espacios de discusión política, en donde no sólo la población educada en escuelas privadas tendría acceso, sino también cualquier persona que pudiera leer los periódicos y las revistas en donde se publicaban sus ideas. Es de esta manera que se empezaban a crear "lenguajes de poder" en la República Dominicana de finales del siglo XIX, convirtiéndose así en uno de los más importantes instrumentos articuladores de las esperanzas asociadas con la llegada del nuevo siglo. Tal y como ocurrió en varios países latinoamericanos, la prensa dominicana se convirtió en un importante medio de comunicación para la población cívica y con estudios, ya que a través de ésta podían presentar sus ideas políticas y sociales. El único problema en este proceso es que sólo aquellos con una preparación educativa tenían acceso a la construcción

imaginada de la nación. Es decir, sólo los hombres de letras incursionaban en estos proyectos “narrativos” de la nación, dejando de lado el aporte no-letrado del resto de la población en estos imaginarios.

Martínez-Vergne analiza los periódicos que surgen en ese momento dirigidos al público lector interesado en la política, la economía, literatura y los eventos sociales. Entre estos periódicos, la autora destaca al *Nuevo Régimen*, *Renacimiento*, *El Eco de la Opinión*, y *Mireya*, ya que se difundían ampliamente en Santo Domingo y en San Pedro de Macorís. Como es de esperarse, los editores de estas publicaciones eran figuras importantes en los círculos sociales del momento, y en muchas ocasiones incursionaban en el ámbito político.

Partiendo de la premisa de que el nacionalismo es siempre inventado y siempre está en construcción –verbal, física y políticamente– Martínez-Vergne cuestiona “lo dominicano” indagando su origen y sus mutaciones dentro de la historia múltiple de la República Dominicana. El libro propone una historia múltiple, entendida como el cruce de todos los cambios políticos, y socio-económicos que han forjado tanto el estado y la nación dominicana desde mediados del siglo XIX. En su análisis, Martínez-Vergne difiere de otros historiadores contemporáneos como Richard Lee Turits y Pedro San Miguel, quienes al revisar la importancia del trujillato en la formación de una nación dominicana enfatizan la inclusión del campesinado y las masas subalternas en los discursos identitarios dominicanos. Martínez-Vergne aporta otra perspectiva al plantear la construcción de la nación dominicana como un proceso iniciado por una generación de intelectuales, que tenían como objetivo construir una nación dominicana abarcadora de toda la población, pero centrada en el espacio urbano. Según Martínez-Vergne, los sectores rurales se verían incorporados al proyecto nacional iniciado por estos intelectuales, primero de un modo textual y luego de un modo práctico siendo la educación la clave inicial que constituiría a estos nuevos ciudadanos. Poco a poco se concebiría un nacionalismo popular que Verne-Martínez denomina como una ciudadanía localizada en las ciudades. Estos centros urbanos ya a principios del siglo XX tenían todos los elementos culturales y las poblaciones necesarias para darle marcha a un proyecto de civilización atado al nacionalismo, la ciudadanía y el estado dominicano.

En el primer capítulo “The National Project” Martínez-Vergne analiza las contradicciones de los proyectos nacionales de la República Dominicana a principios del siglo XX. Incitados por un deseo de modernización, la elite intelectual dominicana forjó conceptos de nacionalidad y ciudadanía enraizados en modelos de progreso y liberalidad que se importaban de Europa. La autora percibe una contradicción entre estos ideales importados y la realidad vivida en la República Dominicana a principios de siglo. Por lo tanto ella se enfoca en cuatro de estas tensiones: una discontinuidad entre el modo de dirigir el mercado y el gobierno; la paradoja de concebir un gobierno democrático manteniendo un cierto desdén por el pueblo; la diferencia entre el poder económico (la modernización a través del reinicio de la industria azucarera) que se divisaba para el país en contraposición con la explotación de grupos marginados (la clase obrera, las mujeres, haitianos); y el conflicto que generaban los Estados Unidos al percibirse como modelo de imitación y como posibles invasores. La incorporación de todos estos elementos dentro de un plan de nación dominicana resultó en la problemática distribución de los roles sociales que se le asignaron a la población por parte de los letrados.

El centro urbano como sitio de los discursos de progreso y ciudadanía se examina en el segundo capítulo “City as the Site of Citizenship”. En este capítulo Martínez-Vergne discute la importancia de Santo Domingo y San Pedro de Macorís como centros urbanos que poseían los elementos necesarios para sostener los proyectos de ciudadanía. Estos proyectos ideados por los intelectuales dominicanos del momento percibían en la ciudad el espacio en donde se implementaría la modernidad. Las dos ciudades habían crecido cuantiosamente desde finales del siglo XIX como resultado en parte del desarrollo de la industria azucarera, y también con las subsecuentes migraciones a estos centros urbanos. Esta situación conllevaría la articulación de discursos de progreso que percibían la necesidad de nuevas construcciones del orden social dentro estas crecientes ciudades. Como tal, estos intelectuales mantenían dos percepciones acerca de estos centros urbanos. Por una parte vislumbraban a Santo Domingo y a San Pedro como centros comerciales necesarios para el desarrollo de la economía dominicana. La otra visión de estas ciudades era su importancia como espacios en donde se podían instituir valores “modernos”. Como indica la autora, esta última visión percibía los espacios rurales como anticuados y regidos por una tradición arcaica, en comparación a los centros urbanos que respondían más al mercado y estaban preparados para las exigencias de la modernización.

En el tercer capítulo, “Race in the Formation of Nationality”, se aborda el tema racial en la formación de una nacionalidad dominicana. La autora empieza el capítulo explicando cómo en poco tiempo, el concepto de nación propuesto por los intelectuales se tuvo que enfrentar a la realidad económica y social del país. La inmigración al país se convirtió inmediatamente en una de las propuestas que aliviarían los problemas económicos y sociales. Por lo tanto, Martínez-Vergne argumenta que la nación era en ese momento un concepto en constante construcción y que se vivía de distintos modos por la población dominicana. Ya para este momento se empezaba a constituir el tipo de sociedad migratoria propuesta por Eugenio María de Hostos en su ensayo “Inmigración”. En el proyecto hostiano la inmigración de una población blanca europea al país ayudaría a reducir las deudas económicas. De este modo a través de leyes migratorias se empezó a suscitar un tipo de inmigración muy particular, con vías a seguir los lemas positivistas de orden y progreso. Pero como señala Martínez-Vergne, estas nuevas poblaciones llegaron mayormente a Santo Domingo y a San Pedro de Macorís provenientes del Caribe insular de las Indias Occidentales y de Puerto Rico a finales del siglo XIX, y de Haití ya a comienzos del siglo XX. El sentimiento anti-inmigrante no se hizo esperar, como se notó claramente en la prensa. Como indica Martínez-Vergne, estas columnas describían a estos inmigrantes como detractores del progreso nacional, aunque dada las relaciones políticas entre la República Dominicana y Haití, fueron los haitianos quienes recibieron los insultos más ardientes.

Sin lugar a dudas la relación histórica entre Haití y la República Dominicana es crucial para entender el lugar de lo racial en la formación de la nacionalidad dominicana. El hecho de que Haití tuviera el control de Santo Domingo entre los años 1822-1844 llevó a un resentimiento que para finales del siglo XIX y principios del XX aún se manifestaba en los centros urbanos dominicanos. Como muestra Martínez-Vergne, los dominicanos en este periodo describían a sus vecinos del oeste aludiendo a unas diferencias culturales que más que nada apuntaba a sus diferencias raciales. Según la autora, lo que los dominicanos

estaban describiendo era en realidad su propia visión de la modernidad, en la cual sus vecinos representaban el elemento “bárbaro”. Para enfatizar este punto Martínez-Vergne nos presenta el debate racial que se desató entre el periódico dominicano *El Eco de la Opinión* y el periódico haitiano *L’Opinion Nacional* y en que la publicación dominicana terminó por afirmar la superioridad del dominicano sobre el haitiano en términos raciales.

Lo escritores de este periodo también se vieron en la necesidad de construir el rol social de las mujeres en relación con la nación y la ciudadanía propuesta. Por lo tanto como indica Martínez-Vergne en el cuarto capítulo, “Representing Bourgeois Womanhood”, estos intelectuales construyeron ideologías particulares sobre las mujeres de la pequeña burguesía que oscilaban entre el binario de buenas esposas y madres o el de la mujer fatal vista como ser irracional. Para pertenecer a la nación estas mujeres tenían que mostrar su virtud sólo si se asociaban a los llamados ciudadanos respetables, es decir a través de sus esposos o padres. Su función era la de apoyo incondicional hacia el esposo o padre y también la de educar y cuidar la moral de la familia. La autora se enfoca en los cuentos y artículos de prensa que concebían a la mujer burguesa como un vehículo de difusión de todos los elementos que constituían al buen ciudadano. De ese modo la autora presenta el caso de algunas mujeres que pudieron extender sus roles domésticos a la esfera política, obteniendo de este modo un cierto reconocimiento por parte de los intelectuales dominicanos. Como muestra de esto, Martínez-Vergne presenta el caso de Salomé Ureña de Henríquez, pero se enfoca en los artículos de prensa sin detenerse a analizar su rol como poetisa nacional, ni el impacto de la poesía en la construcción de la nación y del ciudadano a principios del siglo xx. De haberse planteado la incursión de Salomé Ureña de Henríquez como una de las pocas mujeres que ejercían una función similar a la de Eugenio María de Hostos y Francisco Henríquez y Carvajal –pero filtrada a través de la poesía– y de su rol como educadora, entonces veríamos otro tipo de “intelectual” posible. Pero al finalizar el capítulo, nos quedamos con Salomé Ureña de Henríquez dentro del espacio burgués y sólo trasgrediendo una que otra limitación, sin percibirse en su poesía un gesto alterno al del intelectual ya propuesto por Martínez-Vergne en los primeros capítulos.

En el quinto capítulo “Working People in the City”, Martínez-Vergne se enfoca en el control social que ejercían las autoridades municipales en Santo Domingo y San Pedro de Macorís en su intento por educar a la población urbana en lo que ellos consideraban un comportamiento apropiado. El enfrentamiento entre lo que habían imaginado los intelectuales que debía ser la República Dominicana en el nuevo siglo y lo que en realidad vivían día a día los trabajadores –tanto hombres como mujeres– se manifestaba en los roles que desempeñaban en los centros urbanos. Las autoridades municipales trataban a las clases trabajadoras como un elemento más de su campaña de progreso urbano que debía ser educado bajo los renglones de civismo y urbanidad.

A través de este proyecto Martínez-Vergne presenta una clara exposición de los momentos históricos que han forjado conceptos de nación, nacionalidad y ciudadanía en la República Dominicana. La autora sitúa acertadamente los discursos del nacionalismo y progreso en el centro urbano y en las manos de un grupo específico de intelectuales, que afanosamente intentaban hacer de la República Dominicana un espacio moderno y preparado para la industrialización –tal y como acontecía en otros países latinoamericanos– en ese momento. El aporte más importante de este proyecto radica en el detallado manejo

de referentes de la prensa, sobre todo el archivo de periódicos dominicanos del siglo XIX y principios del XX que la autora utiliza para sustentar sus argumentos. En algunos casos de los estudiados, sin embargo, hubiera sido tal vez más beneficioso trazar de igual modo el rol del intelectual en otros ámbitos literarios, como la poesía. Dicho enfoque ampliaría el rol de la mujer como otra posible colaboradora en las estrategias intelectuales y en las definiciones de la nación y del ciudadano.

University of Texas-Austin

DANNY MÉNDEZ

CHRISTINA KOMI KALLINIKOS. *Digressions sur la métropole: Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti, autour de Buenos Aires*. Paris: L'Harmattan, 2006.

Este estudio se centra en la temática de la ciudad en la literatura del Cono Sur por medio de una lectura profunda y paralela de obras de Roberto Arlt y de Juan Carlos Onetti, con particular atención a los textos de Arlt (*Los siete locos*, *Los Lanzallamas*) y a una selección de los primeros textos de Onetti (*El pozo*, *Tierra de nadie* y sus cuentos hasta 1946). La lectura paralela de estas obras en el estudio de Christina Komi Kallinikos nos permite percibir la ciudad de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX, una megalópolis en ciernes, a la vez fascinante e inquietante. La ciudad se perfila como una topografía y un sistema de acciones y significados que se definen local e históricamente (es decir, el Buenos Aires de los años treinta y cuarenta), a la vez de a un nivel universal e intemporal.

El estudio está dividido en tres partes, cada una con su propia conclusión. La primera parte enfoca “La experiencia de la ciudad” y se construye a partir del punto de vista de los personajes, su trayectoria en el espacio, su permanencia en los lugares y, finalmente, el impacto de los desplazamientos en la evolución del relato. Progresivamente se va viendo una relación dialéctica del *adentro afuera*: adentro y afuera de la ciudad, de los espacios cerrados; pero también adentro y afuera de las almas, de la vida urbana en cuanto a sistema de relaciones públicas o privadas. A partir de esta relación surgen esquemas distintos de la experiencia de la ciudad: el círculo vicioso (la experiencia ciclotímica) o el *collage* (la experiencia centrífuga). La primera designa un sistema donde prima la reiteración emocional y la continuidad cíclica, donde la interioridad exaltada e hipertrofiada explota y se derrama hacia afuera, invadiendo y contaminando la exterioridad y convirtiendo así la ciudad en un espacio de alta tensión, desconfianza y locura. La segunda se refiere a un mundo marcado por la dispersión y la discontinuidad, a un mundo sin una mirada unificadora, esa mirada que pudiera devolver a las cosas dispersas la unidad de un paisaje o la linealidad de un relato continuo.

En la segunda parte (“Dos modos de construcción del espacio”) se explicita lo que en la primera parte aparece como implícito: la puesta en escena de la experiencia remitida a una serie de conceptos estéticos y especulaciones filosóficas. La ciudad como experiencia ciclotímica, que se revela en la lectura del texto arltiano, se considera en relación con las técnicas del expresionismo alemán, como tendencia pictórica, narrativa o cinematográfica.

En cambio, la discontinuidad del mundo urbano presente en los textos onettianos, evoca la novela negra norteamericana, influenciada, a su vez, por técnicas cinematográficas, sobre todo las elipsis. El recurso al lenguaje del neorrealismo italiano ofrece, en este caso, una lectura novedosa de los procedimientos de la dispersión utilizados por Onetti. La autora, sin embargo, no pretende establecer un lazo histórico de carácter anacrónico.

El parentesco del díptico arltiano con el expresionismo alemán y el de los textos de Onetti con la novela norteamericana, sin tener en cuenta cualquier “influencia”, es el punto clave para la comprensión de una segunda relación dialéctica que el estudio propone: la del *sujeto/objeto*. La autora señala cómo los objetos se animan mientras que los personajes se reifican, perdiendo entonces su calidad de seres humanos. Ambas relaciones dialécticas (el *adentro/afuera* y el *objeto/sujeto*) abren el camino, por un lado, a la ciudad como un mundo loco parecido al mundo interior del sujeto desequilibrado (*Los siete locos*); por el otro, a la ciudad como un mundo petrificado en cuanto el afuera –universo devastado y sin sentido– modela el mundo interior de los personajes-habitantes de la ciudad (*Tierra de nadie*). En ambos casos el estudio señala una trasgresión: la ruptura de las barreras que separan el afuera del adentro, los sujetos de los objetos, lo animado y lo inanimado. Esta ruptura lleva muchas veces a la contigüidad y a la fusión, a la mezcla indiscernible de lo vivo con lo no vivo, la cual prepara el terreno para ese más allá de la experiencia, la barbarie (*Los Lanzallamas*), o el repliegue narcisista (*El pozo*), que se desarrolla en la tercera parte de este estudio (“A partir y más allá de la experiencia”).

Las estructuras ciudadanas favorecen una manera de ser que se convierte en emblemas de ese modo de ser: en los cristales de los rascacielos se refleja el estado deplorable de la vida social en el espacio urbano. Una nueva relación dialéctica surge entonces que yuxtapone lo *público* a lo *privado*: por un lado, la ciudad como espacio abierto que favorece la interacción y el encuentro con el otro, como espacio social que promueve una vida que no se limita a la satisfacción de las necesidades estrictamente individuales; por otro, la ciudad como espacio social reducido y degradado, mero lugar de tránsito, vestigio de las historias individuales, de los millones de universos privados entregados a una desesperada búsqueda de intimidad y de calor humanos.

Es así como este estudio pasa al *más allá* de la experiencia de la ciudad y permite que surja una última relación dialéctica, la del *acá/allá*. El allá, universo imaginario asociado a la redención, está directamente vinculado con el acá, del que adquiere su sentido. El allá se contruye unas veces por medio de la fabulación, la articulación, la fabricación de mundos alternativos que funcionan exclusivamente en el plano de lo privado. Estos espacios redentores, tanto los que pertenecen al orden del discurso (las versiones del mundo que propone el discurso del Astrólogo en Arlt), como aquellos que pertenecen al ámbito del ensueño (las “aventuras” de Eladio Linacero, las escapades imaginarias de Suaid, los ensueños de Kirsten y de los demás personajes de Onetti) revelan la otra cara de la experiencia: el allá es, en realidad, un espejismo del acá. Y, el acá, a su vez, se reconstruye a partir del allá.

Para encontrar el mundo del allá hay que escapar del acá. Pero también se pueden echar puentes unificadores. Los soñadores de Onetti proponen el camino de la evasión con respecto a lo que se vive como acá. Los personajes de Arlt, al contrario, pasan a la acción asumiendo una actividad que lleva a invertir el orden establecido y a acercarse al allá imaginado al acá real.

El estudio termina demostrando cómo ambas alternativas emergen en el espacio marginal que les deja la ciudad castradora: el intento de evasión no lleva a ningún lado. En este sentido se podría hablar de una “odisea” mutilada (las escapades de los personajes de *Tierra de nadie* y, sobre todo, el proyecto de Faruru). En el mayor de los casos la evasión aparece condicionada por los estímulos de la ciudad (los flashes imaginativos de Suaid o las identidades alternativas de Baldi). En cuanto a la revuelta –acción frustrada y desorientada del habitante solitario de la ciudad– no es sino otra versión de un trastorno generalizado que invierte los signos y sacude el sentido, marcando así el comienzo de un mundo al revés.

La yuxtaposición de las obras de Arlt y de Onetti enfocadas en este estudio iluminan la temática de la ciudad tal y como se revela en las obras de estos dos narradores e, implícitamente la distingue de la utilización de la metrópolis que encontramos en novelas como las de Eduardo Mallea (*La bahía del silencio*, *La ciudad junto al río inmóvil*).

Boston University

RODOLFO CARDONA
Profesor Emérito

SANTA ARIAS y MARISELLE MELENDEZ, eds. *Mapping Colonial Spanish America. Places and Commonplaces of Identity, Culture, and Experience*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2002.

Este libro presenta una colección de artículos dedicados al estudio del espacio como un elemento dinámico que moldeaba relaciones sociales durante la época colonial hispanoamericana. Partiendo de las ideas del filósofo Henri Lefèbvre sobre el espacio, proponen que éste es clave para entender los procesos y discursos coloniales, tanto los discursos que nombraban, moldeaban y competían por definir el espacio como también las acciones sociales que configuraban el espacio como un discurso de poder. Según Arias y Meléndez, ningún libro anterior al suyo se ha dedicado enteramente a “la producción discursiva y cultural del espacio en América Latina” a pesar de su importancia (14-15; todas las traducciones de las citas son mías). Su volumen enfatiza la operación del poder en los procesos de producción de espacios coloniales; la intervención del espacio en la visión que tenía la gente de su propio papel en la sociedad y el mundo que la rodeaba; y los esfuerzos para crear orden en ese mundo social (21). Para las editoras ha sido importante incluir estudios sobre los centros virreinales del poder tanto como sobre la periferia, así los ensayos tratan textos sobre la Nueva España, el territorio que es hoy los Estados Unidos, Panamá, Cartagena, la Nueva Granada, Perú, el Río de la Plata, y Chile. Además, tratan no solamente los siglos XVI y XVII, sino también el poco examinado siglo XVIII.

Las editoras han agrupado los ensayos alrededor de cinco problemas: las maneras en que los discursos sobre el espacio producen y debaten la alteridad; la memoria del espacio y su articulación de la identidad; las implicaciones políticas y económicas de la representación geográfica; el cuerpo, el lugar y el género sexual; y la organización simbólica de la ciudad colonial. Desafortunadamente los títulos de los cinco temas

señalados en la introducción no aparecen al comienzo de cada sección, lo cual dificulta un poco captar la organización conceptual del libro y las relaciones entre los ensayos.

La primera sección, “Configuraciones textuales y espaciales de la alteridad”, incluye los ensayos de Maureen Ahern y Margaret M. Olsen. Los dos se complementan en que Ahern ve la inscripción de significados imperialistas sobre el espacio del Nuevo Mundo, mientras que Olsen analiza la resistencia africana a estos significados y su reinscripción del territorio y cuerpos con significados africanos. En “‘Llevando el norte sobre el ojo izquierdo’: Mapping, Measuring, and Naming in Castañeda’s *Relación de la jornada de Cibola* (1563)”, Ahern explora el documento producido por Pedro de Castañeda de Nágera, miembro de la expedición de Coronado (1540-1542). Su relación le da sentido al espacio nuevo del territorio que hoy es el suroeste de los Estados Unidos, y lo incorpora discursivamente al imperio español. Al yuxtaponer un informe de las distancias recorridas a una descripción etnográfica del territorio, Castañeda impone “el poder racional de la medida y la cartografía” (33) sobre el espacio físico y humano. Si la expedición les quita el poder representativo a los habitantes por imponer nombres españoles y nahuas a los lugares que encuentran, Castañeda toma un paso más allá del binario español-nativo que presenta la relación anterior de Fray Marcos de Niza al reconocer la pluralidad de pueblos y culturas que encuentran. El artículo de Olsen, “African Reinscription of Body and Space in New Granada” demuestra cómo los colonizados –en este caso cimarrones africanos– rechazan la inscripción española de sus cuerpos como propiedad y del espacio geográfico como colonizado. Éste es uno de los ensayos del libro que presta especial atención a la íntima relación espacio-cuerpo-poder. Si las ordenanzas de cabildo y las noticias historiales de Fray Pedro Simón y Lucas Fernández de Piedrahita inscriben al cuerpo esclavo ausente como cuerpo ilegal y fuera de control, los líderes –los reyes Miguel, Bayano, y Domingo Bioho– inscriben sus espacios –los palenques– con identidad africana por medio del lenguaje corporal.

La segunda sección del libro trata “la articulación de identidades humanas y territoriales en relación a la memoria del espacio” (18) y contiene artículos de Rocío Cortés, Luis Fernando Restrepo, y Erik Camayd-Freixas. Los artículos examinan textos de Hernando de Alvarado Tezozómoc, Juan de Castellanos y el Inca Garcilaso de la Vega respectivamente. Un hilo que los une es su tratamiento de los conflictos y ambigüedades internos a un solo texto creados por la combinación de discursos espaciales en conflicto; Restrepo y Camayd-Freixas también analizan la función de la memoria en la construcción de identidad, mientras que Cortés y Restrepo exploran el tema del espacio sagrado. En los casos de Tezozómoc y Garcilaso los conflictos discursivos provienen del mundo español versus el indígena, en el de Castellanos, del mundo medieval y el renacentista. Tanto Tezozómoc como Garcilaso producen textos que adoptan y subvierten el discurso hegemónico español, mientras que Castellanos produce un texto donde prevalece “la reinscripción de la cultura europea como centro del mundo” (98) a pesar de una visión empírica renacentista que hace referencia a una Europa descentralizada.

En “(De)mystifying Sacred Geographical Spaces in Hernando de Alvarado Tezozómoc’s *Crónica mexicana*”, Cortés muestra cómo Tezozómoc mantiene cierta mistificación de las ciudades sagradas mesoamericanas, a pesar de adoptar explícitamente un discurso español que se distancia del “diabolismo” amerindio e impone nombres

coloniales sobre espacios mexicanos. La mistificación, que se basa en una asociación entre un espacio y una divinidad, crea un contradiscurso que aparece en algunos lugares del texto y que Tezozómoc habrá heredado de sus antepasados. Restrepo examina la combinación del género del *peregrinatio vitae* con una representación cartográfica renacentista en “Sacred and Imperial Topographies in Juan de Castellanos’s *Elegías de varones ilustres de Indias*”. A pesar de la ciencia renacentista que cuestiona el eurocentrismo de la Edad Media, la unión del género espiritual del *peregrinatio* con la mirada panóptica renacentista termina consagrando el espacio americano como imperial, según Restrepo. En “Enunciating Space, Locating Identity: Garcilaso de la Vega’s *Comentarios reales de los Incas*”, Camayd-Freixas argumenta que el Inca Garcilaso define “su autoridad e identidad como historiador mestizo” (107) por medio de su enunciación del espacio. Camayd-Freixas es persuasivo al decir que “la enunciación del espacio en un mundo de orígenes mixtos y territorialidades competitivas llegó a ser la base para negociar nuevas identidades” (104). Donde su argumento podría ofrecer más evidencia es en su afirmación de que la identidad que el Inca construye es mestiza, más que exiliada o indicativa de un “etnocentrismo bipolar” (106).

Los artículos escritos por Santa Arias, Gustavo Verdesio y Antony Higgins componen la tercera sección, titulada “La política y la economía de la representación geográfica” y constituyen la sección más temáticamente coherente del libro. Los tres artículos examinan representaciones utópicas del paisaje americano –el novohispano y el rioplatense– y su inextricable relación con las fuerzas económicas y políticas. Si todos los autores del libro buscan aprovecharse de la interdisciplinariedad, estos tres llaman la atención a esta metodología. Arias argumenta en “Bartolomé de las Casas’s Sacred Place of History”, que el dominico representa el paisaje americano de manera utópica para confirmar las creencias de Colón –que estaba cerca del paraíso terrenal– y para establecer su propia autoridad y fortalecer su poder para defender a los amerindios. Para este fin, transforma el Nuevo Mundo en “un lugar de profecía y deseo” (127). Esta representación escrita constituye una movida clave en su defensa de su proyecto de misión en La Vera Paz. Gustavo Verdesio ve la colonización del paisaje rioplatense desde su “naturalización” como utopía ganadera en su artículo, “The Original Sin behind the Creation of a New Europe: Economic and Ecological Imperialism in the River Plate”. Llama la atención a la manera en que esta representación de la región borra de la memoria su pasado ecológico y amerindio y “todas las formas alternativas posibles de vida social y cultural en el territorio” (149). Verdesio señala que la construcción de una Nueva Europa –ese paraíso ganadero– constituyó un cataclismo ecológico y que los estudiosos de hoy debemos examinar la representación simbólica de las orillas del río con una perspectiva diacrónica que reconozca esta destrucción de una vida anterior. El artículo de Verdesio hace preguntarse si los historiadores no han producido análisis recientes basados en fuentes documentales que pudieran enriquecer este proyecto. Higgins estudia la relación entre la economía y la representación simbólica en el texto dieciochesco de Rafael Landívar. Su artículo, “‘Enlightened’ Reconfigurations of Colonial Space in the *Rusticatio Mexicana*” descubre una transformación del tropo bucólico del siglo xvi, que ve el Nuevo Mundo como un *locus amoenus*, al tropo geórgico del siglo dieciocho, que analiza el paisaje en términos de la técnica agrícola. Según Higgins, “la trayectoria de la literatura que toma

como su tema el espacio rural y/o urbano está inextricablemente vinculada a la historia del colonialismo e imperialismo” (161). El cambio del tropo bucólico al geórgico corresponde a la expansión capitalista de las élites regionales que toma lugar alrededor de 1700 y aumenta la explotación económica del territorio novohispano.

La cuarta sección del libro trata “el género sexual y la política de lugar [*location*]” (19) e incluye ensayos de Kathleen Ann Myers, Jennifer L. Eich y Mariselle Meléndez. Los tres ensayos estudian el cuerpo femenino como un espacio en que la sociedad construye significados y las mujeres subvierten esas inscripciones con sus propios significados. Los tres artículos también consideran las relaciones entre el espacio y el cuerpo, sobre todo cómo los espacios de la frontera, el convento y la plaza (o el espacio público) restringen y abren posibilidades para el cuerpo femenino. Este último enfoque analítico coincide con el proyecto global del libro. Es algo más tenue el argumento que el cuerpo mismo funciona como un espacio, tal como es tratado en las otras cuatro secciones del libro –“una expansión donde ocurren interacciones entre cuerpos humanos y donde se contienen las cosas” (16). En esta sección el cuerpo femenino aparecería más como un sitio (*place*) que un espacio (*space*), de acuerdo con las categorías establecidas por las editoras en la introducción (16).

En su artículo “Writing of the Frontier: Blurring Gender and Genre in the Monja Alférez’s Account”, Myers argumenta que el espacio fronterizo chileno en la época de la conquista provee una flexibilidad para el género sexual y el literario. La distancia entre las colonias –particularmente la frontera sur– y la sociedad española contribuye a la trasgresión de las normas sociales referentes al matrimonio y la vestimenta, y la falta de centralización de las fuerzas armadas facilita la trasgresión, contribuyendo los dos a la habilidad de Catalina de Erauso de transformarse en travestí y soldado. Myers relaciona el espacio de la frontera además con la flexibilidad de género literario que adopta Erauso –o quien sea el autor/a de su vida– utilizando y jugando con los géneros de la vida del soldado, del pícaro y de la religiosa para construir una narrativa de género mezclado y una identidad personal de género sexual ambiguo. Eich lee el cuerpo de las religiosas místicas como un espacio de resistencia en su artículo “The Body as a Conventual Space of Resistance”. Propone que “los/las escritores/as transformaban el cuerpo conventual/místico en un sitio de la resistencia a la convención cultural” (204). Si el ayuno, la mortificación, la penitencia, las enfermedades, y el sufrimiento de dolor parecen típicas debilidades femeninas, las místicas transforman estas debilidades en signos textuales de afirmación y poder, en “una estrategia literaria y cultural de agencia” (215). Meléndez analiza la agencia que ejerce Micaela Bastidas, esposa de Túpac Amaru y líder importante de la insurrección de 1780. En su artículo, “Public Spectacle and the Fragmentation of the Female Body in Eighteenth-Century Peru: The Case of Micaela Bastidas”, Meléndez ve la agencia de Bastidas cuando ocupa y controla espacios coloniales con la rebelión y con un discurso de miedo. Las autoridades españolas responden con su propio discurso de miedo en el espacio público de la plaza cuando ejecutan a Bastidas y descuartizan su cuerpo, exhibiendo sus partes en sitios claves de la insurrección como modo de controlar su cuerpo femenino desordenado y atemorizar la población indígena.

En la última sección del libro, Julie Greer Johnson, Sergio Rivera-Ayala, y Álvaro Félix Bolaños extienden las ideas de Ángel Rama en *La ciudad letrada* sobre el ejercicio

del poder y la organización simbólica del espacio en la ciudad colonial. Estudiando representaciones textuales de ciudades de Chile, la Nueva España, la Nueva Granada, y el Caribe, los tres críticos demuestran cómo el orden de la ciudad simboliza la hegemonía del poder español y garantiza el proyecto colonial. Como significado colonizador, la representación de la ciudad también tiene que hacer referencia al conquistado.

Johnson examina *La Araucana* en su artículo, “Ercilla’s Construction and Destruction of the City of Concepción: A Crossroads of Imperialist Ideology and the Poetic Imagination”. En base a sus propias experiencias y creencias culturales, Ercilla crea su versión textual de la ciudad de la Concepción como el sueño utópico español en las Américas, un “estado español en miniatura dentro de un escenario pastoril idílico” (240). Sin embargo, este texto deja espacios vacíos en su descripción de la ciudad, los cuales se vuelven espacios de lucha por el poder entre los mismos españoles, cuya avaricia delata su debilidad moral. Son estos espacios significativos los que permiten que los araucanos destruyan la ciudad y el sueño y así minan el control español sobre el territorio araucano. Rivera-Ayala presenta una lectura del espacio en el texto de Francisco Cervantes de Salazar en “Riding High, the Horseman’s View: Urban Space and Body in *México en 1554*”. Cervantes de Salazar recurre a conceptos renacentistas de la ciudad como centro del humanismo, cuya estructura se relaciona íntimamente con el cuerpo humano. El escritor toledano proyecta orden y armonía como cualidades inherentes a la ciudad colonial, y basadas en la separación física de los colonizadores de los dominados. Rivera-Ayala muestra cómo la narrativa se mueve con el paso de sus protagonistas españoles por la ciudad a caballo, separados de la inferioridad de las calles, apeándose solamente en los espacios sagrados del palacio y la iglesia. La población indígena aparece poco en esta ciudad ideal, pero su espacio está claramente relegado a un nivel inferior. Bolaños ve un sentido análogo en los espacios públicos de las ciudades de las relaciones de Pascual de Andagoya (1546), Bernardo de Vargas Machuca (1599) y Gonzalo Fernández de Oviedo (s. XVI) en su artículo “A Place to Live, a Place to Think, and a Place to Die: Sixteenth Century Frontier Cities, Plazas, and ‘Relaciones’ in Spanish America”. Su artículo estudia la interacción que tejen estas narraciones entre el espacio abierto de la frontera y el espacio cerrado de la ciudad que garantiza el estado pacífico deseado por el proyecto colonial. Bolaños se concentra especialmente en la plaza como espacio público europeo y ritualizado y como teatro del orden cristiano, desde donde se emprende la aculturación violenta: tanto la evangelización como las ejecuciones que garantizan la subyugación.

Al presentar estudios sobre la alteridad, la identidad, la memoria, la política y la economía, el género sexual y la ciudad, las editoras y los autores de esta colección provocan una rica reflexión sobre la centralidad de los discursos sobre el espacio en la colonia y sobre sus innumerables manifestaciones. El libro constituye un aporte muy valioso a la exploración de nuevas direcciones de la crítica discursiva colonial. Si bien el libro no pretende ser comprensivo, busca y logra provocar una rica y estimulante reflexión sobre la acción dinámica de los espacios en la textualidad colonial. Las metodologías empleadas por sus autores participan en la interdisciplinariedad exigida hoy por el campo de los estudios coloniales, y así también invitan a una reflexión sobre sus aproximaciones mismas. Tal como lo dice Higgins, los estudiosos de la literatura tenemos que ver la colonia desde (por lo menos) dos perspectivas –los procesos materiales y su textualización

simbólica. Y al hacerlo, tenemos que tener siempre en cuenta que los documentos históricos no son fuentes transparentes de la realidad colonial, sino –como dice Higgins– representaciones, tropos (160), y estrategias retóricas.

University of New Mexico

KATHRYN JOY MCKNIGHT

GRACIELA BATTICUORE. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.

Si bien la reveladora *Historia de la lectura en el mundo occidental* de Roger Chartier y Guglielmo Cavallo ofrece importantes herramientas para pensar el carácter y condicionamientos de esa misma historia en las zonas periféricas, todavía resta abordar en su especificidad las prácticas y los modos de leer en Latinoamérica. Por lo pronto, trabajos precursores como los más sistemáticos de Bernardo Subercaseaux en Chile, los análisis de casos latinoamericanos que reúne Susana Zanetti en *La dorada garra de la lectura* (2002) o los reveladores abordajes de la situación brasileña realizados por Flora Süssekind y Marlyse Meyer, recién ahora están encontrando una verdadera continuidad. Actualmente diversos investigadores y grupos de investigación se hallan abocados o bien a llevar a cabo una historización de la lectura en América Latina o bien a tomar en consideración las prácticas lectoras en los estudios sobre literatura y cultura.

En ese marco hay que ubicar *La mujer romántica. Lectoras, autores y escritores en la Argentina: 1830-1870*, el reciente libro de Graciela Batticuore, quien ya había incursionado en el tema con *El taller de la escritora. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti* (1999). Sin embargo, el interés del trabajo de Batticuore radica en no restringir su estudio a la lectura, sino en vincular las prácticas lectoras con la conformación de la figura de autor, en este caso de autora, en el siglo XIX en la Argentina. Como dice la propia Batticuore, en una primera instancia se dedicó a “recomponer los circuitos de lectura, la sociabilidad cultural y la circulación del libro en el Buenos Aires de comienzos y mediados de siglo”, mientras después estudió “el delicado pasaje de la lectura a la autoría femenina” –o de la mujer letrada a la escritora profesional– sistematizando y analizando las diversas modalidades que asume la figura de la autora en el Río de la Plata. En definitiva: es desde la lectura, con su historia y con sus prácticas (específicas y locales), que Batticuore mira el romanticismo y encuentra, agazapada, a la mujer romántica que escribe. Por todo esto, además, pensar que el libro de Batticuore ciñe su perspectiva a la configuración y características de la “mujer romántica” sólo es cierto relativamente, porque a través de lo que Batticuore llega a convertir en una suerte de ideograma, *La mujer romántica* reconstruye tramas y redes culturales, releva sociabilidades e interlocuciones y se detiene siempre en los escenarios de contacto (de la lectura con la escritura, de los libros con la prensa, de la política con la cultura, de las mujeres con los hombres).

Así, en el primer capítulo Batticuore recorre las diversas representaciones y prácticas de lectura propuestas por los escritores de la llamada generación del 37 como Domingo Faustino Sarmiento, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, en cuyos escritos periodísticos e intercambios epistolares despunta la sensibilidad romántica que permitirá la progresiva configuración de la escritora romántica. Como puente entre esa acertada entrada en materia y un acercamiento más detenido a los textos sobre educación de las mujeres publicados por Sarmiento en la prensa chilena durante los años cuarenta, Batticuore toma la novela *Amalia* de José Mármol y busca en ella los modos de leer y de escribir, los modelos de lectores y lectoras, las bibliotecas, los escrituras y las conversaciones literarias. El segundo capítulo, basado en una intensa labor de archivo cuyo antecedente más importante es el trabajo de Francine Masiello, se centra en las manifestaciones periodísticas de mediados del siglo XIX llevadas adelante por mujeres como Rosa Guerra y Juana Manso. A partir de la lectura de esos materiales, Batticuore propone una tipología que organiza, de hecho, el capítulo: la autoría exhibida (o sea la firma), la autoría escondida (o el seudónimo) y la autoría intervenida (es decir: con una edición final masculina).

Por su lado, esa suerte de segunda parte del libro, se inicia con el tercer capítulo, donde el abordaje de la figura de Mariquita Sánchez de Thompson, que cubre la escena cultural rioplatense entre principios y mediados de siglo, sirve de bisagra entre el modelo de mujer ilustrada y el romántico. En la que viene a ser, sin dudas, la mejor lectura del epistolario de Mariquita Sánchez, últimamente revisitado con frecuencia por la crítica literaria argentina, Batticuore avanza en sus propuestas críticas sobre la sociabilidad decimonónica. Los dos últimos capítulos están dedicados, respectivamente, a Eduarda Mansilla y Juana Manuela. Mientras el primero presenta a Mansilla como una suerte de intérprete cultural de su época que acorta distancias entre la Argentina y Europa, el segundo recupera y reelabora buena parte de los trabajos de Batticuore sobre Gorriti que se hallaban dispersos, sumándose así a su ya mencionado libro sobre las veladas literarias y a la reciente reedición del imperdible epistolario que la escritora mantuvo con Ricardo Palma.

Más allá de su nombre y a pesar de la engañosa división de los capítulos, *La mujer romántica* se separa tanto de lo que serían los estudios de género más ortodoxos, como de una crítica literaria historicista o de lo que podría llamarse "crítica de autor". En este sentido, *La mujer romántica* no es sólo un aporte a los estudios sobre la mujer en la Argentina o un aporte a la historia cultural, sino también una nueva contribución a la postergada relectura de la literatura argentina del siglo XIX. Respondiendo a los mandatos de originalidad, exhaustividad y rigurosidad propios de la crítica académica, Batticuore compone una mirada panorámica sobre el período 1830-1870 en la Argentina, sostiene tesis generales para el mediano plazo y presenta sistematizaciones eficaces y novedosas. Es que, desde la literatura pero abierta al diálogo interdisciplinario con la historia, vuelve a interrogar a la cultura argentina decimonónica para construir nuevos objetos de estudio. En este punto, el gesto de Batticuore acuerda con aquella zona de los estudios literarios que apuesta a la investigación para descubrir o reinterpretar las fuentes relejendo, bajo esa luz, el repertorio canónico y los corpus marginales. Pero que lo hace sin renunciar ni a las

iluminaciones sobre los textos que sólo entrega la imaginación crítica, ni al placer de la escritura crítica que sólo una buena crítica logra conocer.

Universidad de Buenos Aires

ALEJANDRA LAERA

ÁLVARO FÉLIX BOLAÑOS. *Elites y desplazados en el Valle del Cauca*. Tuluá: Unidad Central del Valle del Cauca, 2005.

En *Elites y desplazados en el Valle del Cauca* se nos ofrece un serio análisis que ilumina la historia de la violencia a la que ha estado sometida desde el siglo XVI la región del Valle del Cauca en el sur occidente de Colombia. Este texto crítico es un proyecto muy personal, donde el compromiso político y el profundo entendimiento de la historia cultural y política de Colombia son factores que eliminan las distancias que supuestamente debe tener la labor crítica. Esta trasgresión académica, si bien desde el exilio del autor, es precisamente lo que enriquece el estudio y le da más peso a la interpretación de la historia de la región del Valle del Cauca.

Según Álvaro Félix Bolaños “El propósito de este ensayo es invitar a una lectura de nuestro pasado a partir de sus conexiones con el presente, un presente caracterizado por aquella reordenación violenta de la tenencia de la tierra que conocemos hoy con el eufemismo de ‘desplazamiento’” (7). Con estas palabras comienza el ensayo introductorio que le da continuidad al claro proyecto del autor de reexaminación de la historia colonial y poscolonial de la región en cuestión desde una perspectiva crítica de la trayectoria de los estudios coloniales dentro y fuera de los Estados Unidos. *Elites y desplazados* es un estudio de pautas de operación colonial hecho a partir de un comentario a, y un diálogo con, *Se llamaba el país vallecaucano* (Cali, 2001). Este último es un ensayo socio-histórico sobre la región escrito en la cárcel por el novelista, ensayista y exgobernador del Valle del Cauca, Gustavo Álvarez Gardeazábal. Es también una historia de la crisis actual del Valle del Cauca y de sus orígenes coloniales desde la llegada de los primeros conquistadores españoles (Sebastián de Belalcázar, Juan de Ampudia y otros). El análisis de Gardeazábal del pasado tiene un objetivo claro, persuadirnos de que el desplazamiento –consecuencia de las condiciones de violencia y marginación que todavía persisten– ha contribuido al desarrollo de “un pueblo enfermo” que no ha logrado sanarse.

Bolaños, estimulado en el trabajo de Álvarez Gardeazábal, recoge la necesidad de leer la producción intelectual de su país desde nuestro momento actual con una perspectiva muy consciente de la realidad y de los procesos históricos, sociales, económicos y culturales latinoamericanos. Con esto Bolaños nos ofrece un ejemplo de las propuestas ya sugeridas en su proyecto coeditado *Colonialism Past and Present* y hace una ruptura con las agendas críticas humanistas y filológicas que han dominado en el ámbito académico hasta hace pocos años.

El trabajo de Bolaños reconstruye la historia política y cultural de la región vallecaucana desde la época colonial como marco que nos ayuda a entender el análisis del

texto de Gardezabal y sus propuestas para el mejoramiento de la región. Desde el principio se clarifica que la conquista española es sinónima de *desplazamiento* y se propone una lectura antihegemónica “libre de las premisas de aquella noción de la historia de la cultura de nuestro territorio que adopta y respeta irrestrictamente la supremacía de la cultura española (el idioma castellano, el catolicismo, la distribución de riqueza y privilegios con base en la hegemonía de grupos étnicos ibéricos o criollos) sobre las numerosas culturas no europeas afectadas por la presencia española en América” (7-8). En una introducción, tres detallados capítulos y una conclusión, el autor demuestra las posibilidades de esta lectura que revisa críticamente la historiografía literaria y cultural para demostrar la función del control y del poder político que domina la relación entre el sujeto productor y el objeto (texto y eventos representados).

En el primer capítulo, con referencias a las importantes contribuciones de Michael Taussig y Manuel Quintín Lame, Bolaños describe los procesos de ocupación, apropiación y desarrollo de la tierra campesina a través de la historia. Del repartimiento a la encomienda, luego al latifundio, la presencia de las elites al servicio de poderes extranjeros (España, luego los Estados Unidos) han guiado el desplazamiento y la usurpación de las tierras vallecaucanas. Durante la colonia, los primeros desplazamientos fueron claramente documentados. Se presenta uno de los mejores ejemplos en el testimonio del cacique de Turmequé, Diego de Torres, quien en su memorial de 1584 denuncia la crueldad de los repartimientos. Queda claro que los procesos de desplazamiento no se han dado pacíficamente; por ejemplo, al principio del siglo veinte, los campesinos afro-colombianos se organizaron y resistieron con las armas la expropiación (38). Asimismo, se explica que el periodo de la violencia colombiana ayudó con su desconcierto en el traspaso las tierras “devaluadas” dada las circunstancias políticas. Bolaños no olvida los efectos de la transformación de la tierra de espacio habitable con cultivos de subsistencia a ganaderías o monocultivos al servicio inmediato de unos pocos. Esto enfatiza el tema central del proyecto: el desplazamiento ha sido históricamente una calculada agresión que solamente ha beneficiado a las elites dominantes.

“La conquista española, primer ciclo de desplazamientos”, segundo capítulo, describe con detalles las consecuencias en la geografía física e humana de la explotación de la región durante el periodo colonial. Se establece que la actividad extractiva de la riqueza mineral y la catastrófica despoblación amerindia dado el trabajo forzado, son los factores cruciales que contribuyen al empobrecimiento de la tierra. Sobre este último punto, Bolaños no explora a cabalidad que además de la fatiga y los abusos cometidos contra los indígenas, la masiva disminución poblacional se debió más que nada a las varias epidemias de viruelas, tifus, sarampión e influenza que atacaron a la población nativa, a causa de la conquista, durante los siglos XVI y XVII. ¿Hasta qué punto estas epidemias que describen los trabajos investigativos de Jared Diamond, Bill Donovan y, más recientemente, Charles Mann, facilitaron la usurpación de la tierra y el establecimiento del poder español en esta región colombiana?

El tercer capítulo, “Los eternos hábitos de las elites del Valle del Cauca” nos ofrece una lectura del testimonio y análisis crítico de de Gustavo Álvarez Gardezabal sobre la sombría historia vallecaucana. Para Bolaños esta es una historia escrita desde el tormento del encarcelamiento del autor como producto de la calculada destrucción de su ascendente

carrera política de parte de elites locales. Es, por consiguiente, un texto crucial a partir del cual se pueden examinar la persistente dinámica entre los desplazamientos y el desenfrenado poder de las elites españolas coloniales y de las criollas del período nacional. *Se llamaba el país vallecaucano* es, según explica, un texto producto de la doble crisis política de su autor y de la región en cuestión, y una historia de las manipulaciones de sus elites gobernantes para reproducir el status quo poscolonial del que disfrutaban. Bolaños examina no sólo la relación entre esas manipulaciones y el desplazamiento de los habitantes del campo desde la colonia sino también la posición del texto de Gardezabal en la tradición del ensayo latinoamericano desde el siglo XIX. En este capítulo Bolaños deja claro cómo Gardezabal, más allá de diagnosticar la enfermedad, prescribe soluciones a ese colapso material y humano que ha marcado la región. En *Se llamaba el país vallecaucano*, la conciencia política y persuasiva de Gardezabal (aunque limitado en capacidad de acción) en palabras se vierte con toda su fuerza.

Bolaños observa la transformación del paisaje geográfico y los desplazamientos humanos para ofrecer una penetrante lectura del texto de Álvarez Gardezabal que encaja dentro de la tradición del ensayo sociológico sobre el “pueblo enfermo”. Explica cómo la visión de este intelectual rompe con la tradición ensayística positivista y determinista latinoamericana al descartar la supremacía de las elites dada su raza, etnia y clase social. Conjuntamente, Bolaños subraya el compromiso político que domina en el texto de Gardezabal donde “la gente de clase baja y de piel oscura” tiene la justificación para exigir justicia y las vías necesarias para la superación. La propuesta de Bolaños, consciente de ser vallecaucano y de su propia circunstancia de académico que escribe desde los Estados Unidos, apoya la de Gardezabal al subrayar que las estructuras coloniales de la región, donde los dominadores (elites españolas y criollas) han mantenido su poder, han persistido al adaptarse a los procesos impuestos de industrialización y a la consecuente modernidad social y económica.

Elites y desplazados es un excelente ejemplo de la perspectiva interdisciplinaria que domina los estudios coloniales hoy. Deja manifiesto que una verdadera crítica de la violencia colombiana no puede provocar un cambio sin revelar la base histórica e ideológica de las elites dominantes. El texto ofrece una oportunidad para la reflexión de las diversas formas de colonialismo que aún persisten dentro del orden neoliberal. Bolaños nos provoca y nos deja con una pregunta, ¿en qué forma las nuevas versiones de los patrones de dominación y poder que se establecieron durante la época colonial continúan promoviendo el cruel desplazamiento de las comunidades marginadas y el consecuente empobrecimiento de la tierra a través de la América Latina? Con esta interrogante, como proyecto crítico, histórico y cultural, *Elites y desplazados* sirve como paradigma para examinar situaciones análogas que se han gestado a través de toda la América Latina por varios siglos.

LYDIA CHÁVEZ, ed. *Capitalism, God, and a Good Cigar. Cuba Enters the Twenty-first Century*. Durham: Duke University Press, 2005.

Esta complicación constituye un aporte interesante al debate sobre las transformaciones ocurridas en Cuba a partir de los años noventa. Los trabajos reunidos por la editora, Lydia Chávez, parten de la perspectiva del periodismo investigativo y de la crónica para mostrar una revolución que se desvanece, mientras negocia los ideales de justicia social y autonomía, con nuevas prácticas surgidas de una economía dolarizada. Tal vez uno de los mayores atractivos de este libro sea que, a través del conjunto de reflexiones que lo integran, el lector puede aventurar respuestas provisionales a una de las preguntas más recurrentes y enigmáticas de los estudios cubanos: ¿cuál será el desarrollo de la revolución, más allá de Fidel?

Aunque *Capitalism, God, and a Good Cigar* no brinda una respuesta explícita a tal interrogante, sus autores coinciden en que la Cuba del “Hombre Nuevo” y los incentivos morales imaginados por el Ché son un vago recuerdo, que ha debido ceder ante la imperiosa necesidad que impuso la caída del bloque socialista. Es difícil imaginar el impacto económico de este acontecimiento. Chávez cita el estudio de Hal Klepak, profesor de historia latinoamericana y relaciones internacionales, quien señala que para 1988, la Unión Soviética importaba el 63% por ciento del azúcar de Cuba, el 73% de su níquel y el 95 % de sus cítricos. A su vez, Moscú proporcionaba el 98% del combustible y el 90 % de la maquinaria. Toda esta infraestructura desapareció de manera abrupta hacia el año de 1992, produciendo el colapso de la economía de la isla. Las medidas diseñadas para sobrellevar esta situación dieron origen a una nueva etapa en la historia cubana, denominada “el período especial”.

Ante la crisis y como medida de supervivencia, el uso del dólar fue descriminalizado; las granjas estatales fueron convertidas en cooperativas; los productores agropecuarios comenzaron a vender directamente sus productos en pequeños mercados; y algunas formas de empleo independiente emergieron como posibles fuentes de trabajo. Una población altamente educada empezó a abandonar con frecuencia los oficios para los cuales había sido entrenada, emprendiendo un sinnúmero de tareas vinculadas con el turismo, para así insertarse en lo que representantes del gobierno cubano han denominado “una economía renovada” (8). Se refieren con ello a un modelo mixto donde el estado regula una limitada práctica de empresa privada nacional y una poderosa inversión extranjera, todo ello en función de captar las divisas necesarias para mantener a flote la economía del país.

Esta redefinición de la política nacional desmantelaba regulaciones anteriores y, con ello, diversos principios fundadores del discurso revolucionario. Esto era visto como un mal necesario a fin de mantener vivos otros aspectos de la revolución (“Socialismo o Muerte”, fue el famoso lema del momento). En consecuencia, las contradicciones emergieron inmediatamente: a las prácticas verticales de la política cubana se añadía ahora el imperio del dólar, lo cual vino a revivir en cierta medida formas de exclusión que parecían haber quedado enterradas hacía más de cuatro décadas. A fin de suplir las necesidades cotidianas en mercados regidos por la moneda norteamericana, los cubanos se vieron obligados a idear ingeniosas prácticas, legales e ilegales, que les permitían participar en las nuevas reglas del juego. Si todas estas transformaciones han de ser vistas

como indicios de lo que se aviene, los caminos estarían trazados para una transición al capitalismo que sin duda traerá consigo los profundos desajustes e injusticias que se han evidenciado en algunos países de la ex-Unión Soviética en su transición a la economía de mercado.

En segundo lugar, encontramos en este libro unos pocos testimonios que asoman la posibilidad de que los deseos de apertura no sean necesariamente equivalentes a abandonar todos los principios que llevaron a Cuba a alcanzar altos niveles de protección social, asegurando salud y educación para todos los ciudadanos. Sin embargo, esto parece perderse bajo el tono desencantado de la mayoría de los escritos del volumen y con ello se desvanece también la posibilidad de preservar algunos logros de la revolución. Una imagen sumamente sugestiva cierra la introducción de Lydia Chávez y parece resumir tanto el potencial como las contradicciones de esta Cuba en transición: “At a rehearsal studio, a young Cuban ballet dancer turns through the air, pivoting as though some invisible power has unfurled him in an arc. Then, without pause, he leaps once, twice, and I gasp at the height of his *grands jetés*, and the gasp again because the room is too small and his pointed toe is heading right for a barre” (14). Acaso esta imagen de claustrofobia podría también decirse con los versos de “La isla en peso”, del gran Virgilio Piñera; pero el libro cuenta con una estrategia aún más contundente: el discurrir de los distintos trabajos que lo integran y la estructuración misma del volumen, que vienen a constituir, en última instancia, el sesgo más político del conjunto.

El volumen está organizado en cuatro secciones, tituladas “Inventando”, “Respirando”, “Sobreviviendo” y “Buscando”, las cuales siguen, según la editora, “una cierta lógica” (14), que no llega a describir y que me gustaría comentar más adelante por su efecto ideológico.

En la primera sección encontramos tres ensayos notables, que revelan las diversas prácticas del “capitalismo cubano” y las contradicciones que generan dentro de un país socialista, con fuertes estructuras de control social. Los autores demuestran tanto las prácticas legales como ilegales que se desarrollan en la capital y en la provincia. La segunda sección incluye tres ensayos que abordan la redefinición del entramado cultural, atendiendo al problema de la libertad de expresión, el auge del Hip Hop y los conflictos generados en el mundo de la danza. La tercera sección indaga en la vida de aquellos cubanos y extranjeros residentes en la isla, que siguen abrazando el ideal revolucionario; luego continúa con un interesante ensayo sobre la redefinición y auge de la industria tabacalera –que, por cierto, constituye un ejemplo exitoso de la práctica cooperativista–; la sección concluye con el fascinante tema de la Internet y los *hackers* en Cuba. La última parte del libro incluye un ensayo en el que se caracteriza al éxodo cubano más reciente como una inmigración que persigue mejoras económicas en el extranjero, más que identificarse con el discurso del exilio político. Otro de los ensayos discute la presencia abrumadora del capital español en la nueva economía cubana. El tema de la religión y la confrontación entre las prácticas de la santería y la religión evangélica es también objeto de una reflexión reveladora de las articulaciones políticas de la vida espiritual cubana y de los múltiples elementos que han de negociarse en cualquier transición futura. El ensayo que cierra la totalidad del volumen fue escrito por un joven residente en los Estados Unidos y criado en Venezuela, quien regresa a Cuba, la tierra de sus padres. El texto hilvana

sutilmente la memoria familiar con una reflexión que constata la decadencia de la revolución, en un dialogo imaginario con aquellos familiares que vivieron la gesta del 59.

Este cierre me lleva a retomar el tema de la organización de los textos que integran este volumen. Me pregunto si aquí no hubiera sido útil incluir un balance de los trabajos, a fin de retomar los matices y complejidades que las primeras secciones aportan y que quedan desdibujados hacia el final del libro, marcado por un tono nostálgico, característicos de cierto discurso pasatista del exilio: “I also see the Teatro del Tacón, the Madrilen Buildings, and the art deco skyscrapers built by American banks, *silent monuments to a Cuba that might have been*” (234, énfasis mío).

Capitalism, God, and a Good Cigar se acompaña del ensayo fotográfico de Mimi Chakarova. Un aspecto interesante de estas fotos, también centradas en el descaecimiento, es el énfasis en sujetos individuales o grupos mínimos. Ello contrasta con la imagen colectiva de la mirada revolucionaria, acaso apuntado a la dimensión más fragmentaria que supone la entrada a un nuevo modelo de socialización y lucha, más propio del capitalismo. Varias llaman la atención. En la portada, un niño afro-cubano se sitúa en el margen derecho del recuadro, como mirando hacia delante y un foco suave desdibuja los contornos, haciendo un poco borroso a ese joven que, tanto por su mirada como por su edad, apuntan a un futuro incierto. Unas páginas más adelante, tres hombres sentados en la parte delantera de un automóvil miran con expresiones que van desde la nostalgia hasta la postura desafiante. En este sentido, varias fotos hacen honor a la dignidad de sus retratados, como la de un joven rapero que posa junto a su madre, confrontando a la cámara y al espectador. El lente de Chakarova aborda también el tema de las jineteras, al retratar a un turista británico que sostiene por la cintura a una joven. En su conjunto, las fotos que integran esta sección del libro participan cabalmente de la perspectiva general del volumen, conjugando cierto tono desolador, con instantes que atestiguan el potencial de la Cuba actual.

Hay momentos en que *Capitalism, God, and a Good Cigar* evoca el clima de la película “Suite Habana” (2003), donde una cámara documental registra selectivamente la destrucción de los espacios y los sujetos que vivieron el proyecto revolucionario, así como la expectación de los cubanos que ansían transformaciones profundas en la isla. Esta coincidencia no es casual e inserta ambos textos en un cuerpo discursivo que venía gestándose ya desde los años setenta y que cristaliza en los noventa, proponiendo revisar el proceso de la revolución cubana desde posturas no necesariamente liberales o conservadoras, sino incluso desde la izquierda. El trabajo compilado por Lydia Chávez resulta un aporte en este sentido, aunque el tono y la configuración del conjunto tiendan muchas veces a brindarnos miradas muy parciales de problemáticas tan complejas como la de la Revolución Cubana.

